



Círculo Rojo



## **El día que mataron a John Lennon**



# El día que mataron a John Lennon



Bernardo Claros



Círculo Rojo  
EDITORIAL

Primera edición: noviembre 2020

Depósito legal: xxx

ISBN: 978-84-1385-192-1

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Bernardo Claros

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía de cubierta: Depositphotos.com

Editorial Círculo Rojo

[www.editorialcirculo rojo.com](http://www.editorialcirculo rojo.com)

[info@editorialcirculo rojo.com](mailto:info@editorialcirculo rojo.com)

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.







# DÍA UNO



# 1

## A day in the life

I read the news today, oh boy  
About a lucky man who made the grade  
He blew his mind out in a car  
He didn't notice that the lights had changed  
A crowd of people stood and stared

El día que mataron a John Lennon todo cambió para mí. Supongo que aquel acontecimiento significó en mi vida algo así como la pérdida de la inocencia o más bien de la ingenuidad, un brusco despertar en mitad de la noche que te arroja de golpe a la realidad sin contemplaciones y te deja aturdido durante un tiempo sin saber muy bien quién eres ni dónde estás. Ocurrió el 8 de diciembre de 1980, yo tenía quince años y Lennon cuarenta. Demasiado pronto en ambos casos.

A las 22:50 horas de ese fatídico lunes de otoño en Nueva York (casi las cuatro de la madrugada del día 9 en España), un chico de veinticinco años, Mark David Chapman, le disparó cinco balas con un revólver 38 Special. Una bala pasó por encima de la cabeza del ex-Beatle e impactó en una ventana del edificio Dakota, donde residía el artista junto a su esposa y su hijo Sean de cinco años, otras dos le alcanzaron en el lado izquierdo de la espalda y dos más penetraron por su hombro, infligiéndole graves heridas que resultarían mortales, mientras su esposa, Yoko Ono, obser-

vaba desde la acera cómo lo acribillaban a balazos delante de ella sin poder hacer nada.

Tras recibir los impactos, Lennon aún pudo subir tambaleándose los cinco peldaños de la escalinata de entrada al edificio, dijo «*me dispararon*» y se desplomó de inmediato. El conserje, Jay Hastings, al verle derrumbarse «*con una expresión espantosa y confusa*», cubrió al músico con su uniforme, le quitó sus icónicas gafas que le colgaban de la nariz ensangrentadas y hechas pedazos y llamó a la policía. La sangre le brotaba de la boca y el pecho, tenía los ojos abiertos pero la mirada perdida. De inmediato, Chapman dejó caer el arma, se despojó de su abrigo y el sombrero con absoluta tranquilidad y se sentó en la acera a esperar a que llegara la policía, sosteniendo entre sus manos un libro, «El guardián entre el centeno» de J.D. Salinger, en cuyo interior él mismo había escrito a modo de dedicatoria «*Para Holden Caulfield. De Holden Caulfield. Esta es mi declaración*». El portero, José Perdomo, con quien había estado conversando instantes antes en un tono cordial y amable, le gritó «*¿Te das cuenta de lo que has hecho?*», a lo que Chapman respondió con total calma «*Sí, acabo de matar a John Lennon*».

Cuando llegó la policía, Chapman no ofreció ninguna resistencia. Le detuvieron mientras suplicaba asustado repetidas veces, «*Por favor, no me hagan daño*» y subieron al herido al coche patrulla sin saber de quién se trataba, puesto que no había tiempo para esperar a una ambulancia. Le llevaron lo más rápido posible al hospital más cercano, el St. Luke's Roosevelt Hospital Center, pero fue inútil, ya estaba muerto. Los disparos le habían destrozado los vasos sanguíneos del pecho, tenía importantes heridas en el lado izquierdo del tórax, así como en el pulmón y la arteria subclavia, y una de las balas le había seccionado la aorta y la tráquea. La hemorragia era enorme y todos los intentos de reanimación fueron infructuosos. Había dejado de respirar en el trayecto al hospital.

Cuando entró en la sala de emergencias carecía prácticamente de pulso y los médicos no pudieron hacer nada por salvarle la vida. Le hicieron una traqueotomía de urgencia y abrieron la parte izquierda del pecho, encontrando una gran cantidad de sangre. El corazón se había quedado vacío, había perdido el ochenta por ciento del volumen sanguíneo. Intentaron hacerle transfusiones, pero los vasos sanguíneos estaban muy dañados. Entonces, el doctor tomó el corazón directamente con las manos y le practicó un masaje desesperado. Tras veinte angustiosos minutos en los que intentaron reanimarle sin éxito mediante un masaje cardíaco manual, fue declarado muerto a las 23:15 horas. El doctor Elliott M. Cross, jefe del Servicio Médico Forense, dijo que nadie podría haber sobrevivido más allá de unos pocos minutos con semejantes heridas, ya que Lennon había sido alcanzado con cuatro balas de punta hueca, las cuales se expanden al entrar en el objetivo y dañan gravemente el tejido, destruyendo los órganos afectados. Chapman declaró más tarde que había utilizado ese tipo de munición para asegurarse de que no sufriera.

Stephen Lynn, el médico que lo recibió en la sala de emergencias, como la mayoría de los allí presentes, desconocía la identidad del paciente hasta que firmó el acta de defunción. Años más tarde, relataba así el momento, *«Todos en el área de urgencias nos detuvimos, respiramos y, solo entonces, comprendimos que participamos en un momento histórico, del modo menos deseable. Tener el corazón de John Lennon en mis manos, el corazón de mi generación, me hizo sentir triste por no haber podido hacer más, por no ser capaz de salvar su vida esa noche. Sentí que si lo hubiera salvado el mundo sería diferente treinta años después. Sería un lugar mejor»*.

Inmediatamente los teléfonos de las redacciones de los periódicos comenzaron a sonar. Tras los primeros momentos de incertidumbre, la incredulidad dio paso a la consternación y, en cuanto la noticia empezó a circular, una multitud comenzó a congregarse ante el edificio Dakota. Flores, lágrimas, velas, incienso, mari-

huana y cantos varios se entremezclaron durante toda la noche en homenaje al músico. Yoko entró en estado de shock cuando supo que su marido había muerto. Al día siguiente emitió una declaración pidiendo que todos se fueran a casa, que decía «*No hay ningún funeral para John. John amó y rezó por la raza humana. Por favor, hagan lo mismo por él. Con cariño, Yoko y Sean*». Centenares de miles de personas de todo el planeta sufrieron una enorme conmoción. El mundo entero lloró. Era una de las personas más famosas y admiradas del planeta y para mucha gente había sido un ídolo a seguir y la demostración de que se podía luchar por tus sueños y conseguir que las cosas fueran de otra manera. Y de repente el sueño había terminado.

Los restos de John Lennon fueron incinerados en el Ferncliff Cemetery en Westchester por decisión de su esposa, a pesar de que él no se había mostrado nunca partidario de la cremación. No se celebró ningún funeral. El 14 de diciembre millones de personas por todo el mundo guardaron diez minutos de silencio en su honor. Se conoce que al menos dos fans de Lennon se suicidaron tras su asesinato. Cien mil personas se reunieron para homenajearle en el anfiteatro de Central Park, donde fueron esparcidas sus cenizas, en el lugar en el que en torno a un mosaico circular con la palabra «Imagine» en el centro y un camino rodeado de árboles denominado Strawberry Field, sus seguidores siguen reuniéndose cuarenta años después para rendirle tributo cantando sus canciones. Como dijo la prensa al día siguiente: «*Dejó cientos de miles de huérfanos espirituales. Era el padre, la madre, el hermano de toda una generación*». Yo también fui uno de ellos.

La pregunta que se hacía todo el mundo era por qué lo habían asesinado. Lo más sencillo era atribuirlo a un episodio de locura transitoria por parte de un perturbado mental, pero esa respuesta nunca fue suficiente para mí, pues admitir tal conclusión convertiría el mundo, desde mi punto de vista, en un lugar absurdo y sin sentido en el que no querría vivir. Necesitaba una explicación

que durante años busqué sin éxito. Otras hipótesis conspiranoicas que se aventuraron eran aún más inconcebibles o inquietantes, como la de que Chapman era un agente de la CIA al que habían programado mediante diferentes procesos de hipnosis y drogas para asesinar al artista. Es cierto que su activismo político incomodaba al gobierno estadounidense, el cual lo consideraba una influencia perniciosa para la juventud, y sus creencias eran calificadas como contrarias al sistema, pero no creo que eso fuera motivo suficiente para matarle, a pesar de que Yoko Ono dijera en una ocasión: *«John metía siempre el dedo en la llaga y cada vez que hablaba ponía en peligro su vida. Si se hubiera concentrado solo en seguir escribiendo canciones bonitas, hoy estaría todavía vivo»*.

El corresponsal de ABC en Nueva York, José María Carrascal, trataba al día siguiente de hallar una explicación al magnicidio en su crónica, aunque desde el principio anunciaba: *«no se hagan demasiadas ilusiones. Si todos los crímenes son irracionales, este tipo lo es más todavía. Circula en nuestros días mucha gente dispuesta a ventilar su frustración matando a alguien que ha tenido éxito en la vida»*, y hablaba de Chapman, en un tono indulgente, como miembro de una nueva generación de *«chicos más duros, menos idealistas, que lo están teniendo mucho más difícil que aquellos que crecieron bajo la música optimista y la felicidad sin límites que cantaban los Beatles»*, como si su frustración fuera motivo suficiente para matar a alguien que nada tenía que ver con la misma. Probablemente Chapman solo buscaba alcanzar la fama al asesinar a una de las personas más conocidas y queridas del mundo, ya que era la única forma que tenía de cumplir su obsesión de *«ser alguien»*. Finalmente, la crónica concluía diciendo: *«Si en vida era todo un personaje, muerto es una leyenda»*.

El mundo fue mucho menos inocente y más absurdo después de aquel 8 de diciembre. Lennon se convirtió en un mártir cuya muerte no tenía ningún sentido. Murió solamente porque era famoso. Se ha dicho que la muerte de Lennon cambió la músi-

ca para siempre. Para muchos, los Beatles no solo cambiaron la música sino también el estilo, la moda y las ideas de su época, incluso la Historia misma. No sé si será verdad o quizás sea un poco exagerado, pero lo que sí sé es que mi vida no fue la misma a partir de aquel día. Es extraño cómo pueden afectarnos e influir en nuestro destino acontecimientos lejanos que ocurren a miles de kilómetros de nosotros y a personas a las que nunca llegamos a conocer, mucho más incluso que otros hechos que suceden en nuestro entorno inmediato a personas cercanas y que en principio deberían afectarnos mucho más, pero lo cierto es que sucede así y no podemos luchar contra ello.

Esta es la historia de cómo la muerte de John Lennon cambió mi vida.



## 2

### Power to the people

Say we want a revolution  
We better get on right away  
Well you get on your feet  
And into the street  
Singing power to the people

Con frecuencia asisto perplejo al extraño comportamiento de la memoria, de la que surgen al azar imágenes esporádicas reclamando con urgencia mi atención, que me hacen abandonar cualquier actividad en la que esté ocupado hasta llegar a obsesionarme con ellas e impedirme pensar en nada más. Al contrario que del resto de mi adolescencia, diluida entre las sombras del pasado hasta llegar casi a desaparecer por completo, conservo el recuerdo de aquellos días con una nitidez excepcional, mejor incluso que el de los últimos años o meses. Puedo describir detalles en apariencia insignificantes de aquel tiempo que sin embargo no consigo evocar de épocas mucho más recientes o de ocasiones supuestamente importantes que en realidad no lo fueron tanto o lo hicieron de un modo imperceptible y sutil. Porque cuando están cargados de emociones, los recuerdos se vuelven impecederos y volvemos a ellos de manera recurrente en busca de señales o pistas que nos expliquen de algún modo nuestra realidad actual, pero con el paso del tiempo corren el riesgo de deformarse hasta con-

vertirse en una historia repetida y adulterada que nos contamos a nosotros mismos para tratar de justificarnos ante nuestra propia conciencia cuando nos sentimos perdidos y necesitamos consuelo. Al fin y al cabo, los hechos no son nunca lo más importante, configuran tan solo el argumento superficial de la historia a través del relato que construimos de lo ocurrido. Pero la realidad no son los hechos, no es solo lo que pasa sino también lo que no pasa, lo que no se dice, lo que no se hace porque no nos atrevemos, los miedos que nos coartan y las dudas que nos limitan, todo eso que hace falta para comprendernos y entender lo que ocurre y que solo la distancia nos permite valorar con ecuanimidad.

No tengo recuerdos muy definidos de aquellos años concretos, pero conservo entre ellos lo que ocurrió aquel fin de semana con total claridad. Supongo que la memoria es así de caprichosa, elige ciertos momentos destacados para guardar en ese álbum de los recuerdos que vamos confeccionando a lo largo de nuestra vida y entierra en el olvido sin piedad a los demás de manera injusta. Con los años he llegado a hacer una selección bastante reducida de ellos y he descartado la gran mayoría, aunque no siempre sean los que desearía conservar. En ocasiones surgen de golpe, se acumulan impacientes y superponen unos a otros para desaparecer más tarde, raudos como vinieron, permaneciendo ocultos durante meses o años en algún lugar remoto de mi mente aguardando su oportunidad para hacerse notar, por lo que soy incapaz de reencontrarme a mí mismo indagando las huellas del pasado que cada día se diluyen un poco más, perdiendo así lo que fui y lo que soy. Pero no me fío de ellos, porque sé que la memoria es un espejo deformado de la realidad que nos engaña, nos embauca, exagera lo ocurrido, minimiza lo cotidiano, enmarca lo insólito y pone el foco en las excepciones por encima de lo normal. Es por eso que procuro no dejarme llevar demasiado por la nostalgia, porque la nostalgia es el refugio de los cobardes que no se atreven a mirar al futuro o no pueden hacerlo porque carecen de él.

Aquellos fueron días muy intensos en los que sucedieron una serie de hechos que cambiaron mi vida para siempre, marcando mi destino y mi personalidad de una forma decisiva. A veces el tiempo se detiene y más tarde se acelera, incluso parece que retrocede o avanza de manera arbitraria y te envuelve en una espiral de emociones interminable, manejándote a su antojo como un pelele. Había meses enteros, años incluso, en los que parecía no ocurrir nada y fines de semana en cambio en los que se sucedían todo un cúmulo de acontecimientos clave a un ritmo vertiginoso. Porque el tiempo de la adolescencia no es lineal y continuo, sino que avanza de repente a toda velocidad para después estancarse de un modo caprichoso e impropio, como si se divirtiera jugando con nuestros sentimientos como un vulgar psicópata sin escrúpulos. O bien no pasa nada o todos los hechos importantes se producen de forma simultánea o sucesiva. Hay largos periodos de mi vida de los que no recuerdo casi nada y días concretos marcados en el calendario que puedo describir con total minuciosidad como si hubieran ocurrido ayer mismo, aunque puede ser que la memoria nos engañe y acumule en pocas horas lo que en realidad ocurrió a lo largo de varios meses o tal vez años.

Una ola de frío se cernía sobre la Península aquel fin de semana de diciembre, provocando una brusca bajada de temperaturas y copiosas nevadas en lo que fue el preludio de uno de los inviernos más fríos del siglo. Estaba siendo un otoño gélido, en el que varios mendigos habían muerto en las calles de Madrid a causa del intenso frío. Por entonces Madrid era una ciudad de más de tres millones de almas, crecida acelerada y desorganizadamente a raíz del precipitado éxodo rural producido durante los años 60 y 70 que llenó el extrarradio de la ciudad de improvisados barrios obreros, en muchos casos marginales y chabolistas, donde la vida bullía incesante y fuera de control, despertando impaciente tras un largo letargo de cuarenta años de dictadura y represión.

Las luces y decoraciones de Navidad estaban ya instaladas en las calles, aunque eran menos espectaculares que las de otros años debido a la profunda crisis económica que atravesaba el país y que obligaba a moderar los gastos. Por entonces no las encendían tan pronto como ahora, pero los escaparates lucían ya engalanados con claros indicios de que la llegada de las fiestas era inminente, sobre todo los de Galerías Preciados y el Corte Inglés, que rivalizaban entre sí con un gran despliegue de reclamos luminosos y melodías pegadizas pugnando por captar la atención y los ahorros de los incautos viandantes que circulaban en masa por las calles del centro en busca de un rastro de ilusión en forma de seductores artículos de consumo que hipnotizaran sus miedos hasta hacerles olvidar por un momento sus desgracias más o menos graves, y a fe que casi siempre lo lograban. La televisión nos anunciaba con profusión la proximidad de las celebraciones navideñas con sus inquietantes muñecas parlantes, sus amenazantes ametralladoras lanzadestellos y las bucólicas imágenes de familias numerosas felices atiborrándose de turrón y champán sin complejos, mientras en la calle demolían las chabolas de Palomeras en Vallecas y los aficionados al fútbol discutían decepcionados por el millonario fichaje de Cunningham por el Madrid.

Había sido un otoño muy duro y traumático para el país, sobre todo por los continuos atentados terroristas de ETA, el GRAPO y otros grupos radicales de extrema derecha que intentaban sabotear la llegada de la democracia, a lo que se unía la intensa conflictividad social que hervía incesante en las calles con multitud de huelgas y manifestaciones a menudo violentas a raíz de los duros efectos de la crisis industrial en un país que atravesaba una transición mucho más traumática y menos idílica de lo que hoy día pretenden hacernos creer quienes no la vivieron o quieren olvidarla y que todos la olvidemos. La democracia tuvo una complicada gestación y un parto doloroso que a punto estuvo de concluir en aborto y una infancia turbulenta llena de contradic-

ciones y dificultades que hizo a muchos dudar de su supervivencia, pero la débil e indefensa criatura salió adelante de forma casi milagrosa, más por empeño personal de unos cuantos iluminados que por convicción de la mayoría, cuando muchos no daban un duro por ella.

Fueron años muy difíciles que sin embargo la memoria ha idealizado con sus trampas embaucadoras. He escuchado tantas historias de aquella época que a veces creo recordar escenas que nunca vi pero que he reconstruido en mi mente con todo detalle con posterioridad. Puede que no todo ocurriera como yo creo, pero no estoy aquí para negociar los recuerdos sino para explicar mi versión de los hechos, tan particular y sesgada como cualquier otra. Era el comienzo de muchos cambios cruciales, tanto buenos como malos, y estos últimos, en ocasiones, de dramáticas consecuencias. Yo aún no era muy consciente de todo lo que ocurría en el país ni me preocupaba demasiado por averiguarlo, no me interesaba la política ni sabía nada de asuntos económicos o sociales, pero mi adolescencia no estaba siendo menos conflictiva que el devenir político nacional. El pasado quedaba lejos de mis preocupaciones y prefería no pensar demasiado en el futuro. Hacía tan solo cinco años que Franco había muerto, pero a mí me parecía que habían pasado por lo menos cincuenta. Todo cambiaba a un ritmo acelerado y yo también lo estaba haciendo en un mundo inestable que se derrumbaba sin remedio a mi alrededor, y el nuevo que comenzaba me provocaba muchas dudas y desconfianza.

Todo parecía suceder por vez primera. Los jóvenes tomamos las calles y agarramos con ansia las nuevas libertades para llevarlas a su máxima expresión, dispuestos a hacer todo lo que durante tantos años estuvo prohibido, rechazado o mal visto, quizás solo porque lo había estado, y eso nos llevaba a veces a adoptar comportamientos absurdos, peligrosos o directamente contraproducentes y nocivos. Queríamos distinguarnos de nuestros padres, tanto en el fondo como en las formas, por lo que cambiamos la

chaqueta de pana por la chupa de cuero, las coderas por las hombreras, el flequillo por la cresta de colores, y tras años de represión sexual se desató el deseo desbocado. Pero fue precisamente ese desmedido afán de libertad y desenfreno lo que acabó con la vida de muchos chavales sin expectativas ni ilusiones. La explosiva mezcla de libertad, ignorancia y rebeldía estalló de forma incontrolada arrasando todo lo que encontró a su paso y provocando numerosas víctimas colaterales.

Queríamos romper con el pasado y toda ruptura conlleva siempre un riesgo que no supimos calcular en su justa medida. Había que llevarlo todo al extremo, la diversión al máximo exponente, ejercer la provocación sin límites y derribar todos los muros que nos aprisionaban, incluso los imaginarios, sobre todo los imaginarios, que eran los que más nos oprimían. Pero el desprecio por lo establecido se volvió demasiado radical e insensato. La delincuencia, las drogas y el pasotismo no obedecían a ninguna norma. Todo estaba permitido. No había límites, o al menos eso parecía. Era la dictadura del «Todo vale», incluso aquello que nos empujaba sin frenos, a ciegas y cuesta abajo hacia el abismo.

En cierto sentido aquel fue el mejor de los tiempos, pero también el peor, una época de locura y esperanzas desatadas donde luces y sombras se superponían incesantes hasta confundirse en un intenso claroscuro en el que éramos incapaces de distinguir la realidad de sus reflejos y en el que los acontecimientos de cada día nos empujaban violentamente de un extremo a otro de nuestras emociones sin concedernos una mínima tregua, otorgándonos una extraña mezcla de fe y escepticismo, de ilusión y desesperación, que se fundían en nuestro ánimo hasta dejarnos exhaustos.

Los vientos de cambio que trajo la transición despertaron una efervescencia sin precedentes en la que la creatividad y la diversión afloraron por todos los rincones de la capital. Había muchas ganas de experimentar, afán de conocer y descubrir cosas nuevas y un deseo ferviente de romper los moldes y superar todas las ba-

rreras. A pesar de las numerosas dudas y sombras que se cernían sobre el panorama futuro, nada podía arrebatarnos las infinitas ganas de divertirse y vivir nuevas experiencias que la juventud tenía. Pero todo aquello se desmoronó por completo. La heroína, y más tarde el SIDA, fue el invitado imprevisto a la fiesta que acabó fastidiándolo todo, se cobró numerosas víctimas y nos hizo darnos cuenta de que traspasar los límites conlleva a veces la obligación de pagar un precio demasiado elevado.

Sin embargo, yo no me sentía partícipe de esa euforia generalizada que había en el ambiente. A mi alrededor, Madrid se había convertido en una fiesta a la que nadie se molestó en invitarme. Era como sentir que eres el único que no sabe disfrutar de la celebración, que eres incapaz de bailar al son de la misma música y que no le encuentras la gracia al asunto, y eso solo podía producirte un profundo sentimiento de vergüenza y frustración. Estaba convencido de que si no podía compartir su entusiasmo se debía a mi incapacidad congénita para disfrutar de las cosas buenas que pasaban y esa pertinaz idea no hacía más que contribuir a ahondar cada día un poco más mi desazón. Yo no lograba comprender lo que ocurría, como si todo el mundo hablase un idioma extraño del que no consiguiera entender ni una sola palabra a pesar de mis continuos esfuerzos sin fruto por aprenderlo y practicarlo. Me sentía fuera de lugar en todas partes y al final acababa reclusándome en mi burbuja particular para sentirme seguro, la cual me aislaba del exterior y me protegía, y desde donde contemplaba el mundo como un escenario grotesco con asombro y confusión.

Para mí pesaban mucho más las incertidumbres y los miedos que la esperanza y el deseo. Mi vida se limitaba por entonces a una mera cuestión de supervivencia, con la complejidad y el riesgo que eso siempre conlleva, y me producía un intenso sentimiento de vergüenza y culpa que hacía que me encerrara en mí mismo, acomplejado por no ser capaz de gozar a pesar de todos mis esfuerzos de todo aquello que otros disfrutaban sin

ningún empeño. Pero al mismo tiempo, todo ese dolor me generaba una inusual lucidez para mi edad que me hacía sentir bien y me reconciliaba conmigo mismo, y eso acababa convirtiéndose en una peligrosa trampa en la que me dejaba atrapar con regocijo y satisfacción. La culpa y la sensatez eran dos sensaciones contrapuestas que iban siempre de la mano y me generaban una intensa adicción de la que no quería/podía escapar. Parecía estar esperando que se produjese algún acontecimiento ajeno y extraordinario que me sacase de mi descontento e inacción permanente, algo que removiese mis principios y me obligase a cambiar de forma radical mi desacostumbrada manera de estar en el mundo, mientras me sentía atrapado en una tela de araña que me impedía avanzar y ser yo mismo, esperando tan solo a ser devorado en cualquier momento.

Durante mucho tiempo creí que estaba equivocado, que lo que yo hacía estaba mal, que mi forma de ser y de actuar era un grave problema que debía solucionar. Me esforzaba por corregir mi comportamiento extravagante, negaba mis propios sentimientos y luchaba contra mis ideas, tan distintas a las de cualquier chico de mi edad. Quería cambiar como fuera, sin importarme mucho el resultado de esa transformación, pues me avergonzaba de mí mismo, me escondía de la gente tratando de ocultar mis defectos e intentando que nadie se diera cuenta de ellos, y aun así sabía que eran demasiado evidentes y que todo el mundo los veía, los juzgaba y me señalaba por la calle burlándose sin recato.

Hoy echo la vista atrás sin nostalgia pero con indulgencia, tratando de comprender a aquel chico asustado e indefenso que cometió tantos errores inoportunos. Porque cada vez que miramos al pasado lo hacemos para tratar de poner algo en claro. Ejercitar la memoria es la mejor forma de ajustar cuentas contigo mismo y con los demás. Pero no podemos fiarnos de nuestros recuerdos. Porque la memoria miente, encubre tus delitos, realza los escasos aciertos y momentos buenos que hubo y busca siempre una



justificación para tus errores, gracias a Dios, porque si no sería insufrible, aunque hay pecados que nos persiguen de por vida, se quedan grabados a fuego en la conciencia y surgen en el momento más inesperado para derribar como un castillo de naipes que se desmorona con un soplo la serenidad que te otorgan tus modestos logros de los que tan orgulloso te sientes en vano.

Sin embargo, en aquella época los españoles decidieron no echar la vista atrás, tal vez por miedo o por vergüenza. Aprendimos a no pedir ni rendir cuentas a nadie y a no arrepentirnos de lo que hubiéramos hecho o dejado de hacer en el pasado. Todo estaba perdonado. Decidimos, o algunos decidieron por los demás, olvidar el ayer y vivir con los ojos cerrados, porque era mucho más fácil y cómodo, no sé si conveniente, ignorando, a propósito o no, que el pasado estaba incrustado en los resortes del presente y marcaba de forma rotunda el futuro, e impusieron la ley del silencio por miedo a perder la oportunidad de alcanzar una posición de privilegio en la nueva sociedad que tan suculentos beneficios prometía. Nos robaron la memoria y nos obligaron a practicar una amnesia colectiva que impedía cuestionarnos la realidad. Al parecer, había que tolerar al asesino, al ladrón y al torturador y sentarlos a la mesa con sus víctimas para que nos perdonasen la vida y aceptasen concedernos la libertad, una libertad mutilada que no servía para decir lo que pensabas, sino lo que los llamados «padres de la patria» te dejaban pensar. De repente valían lo mismo los asesinos y los asesinados, los carceleros y los presos políticos, los leales y los sublevados, los demócratas y los fascistas, los muertos en una cuneta y los homenajeados con honores y pensiones vitalicias. Ambos bandos quedaban oficialmente igualados en las leyes de punto final que nos hicieron creer que eran la única forma de garantizar la paz y la convivencia y que oficializaron la impunidad del verdugo y la humillación de la víctima. Hubo pocos valientes y muchos aprovechados tratando de ocupar su sillón en la cúpula del poder y se estableció de manera

oficial el olvido obligatorio, como si la memoria fuese algo que pudiera ejercerse de forma voluntaria e imponerse por decreto.

Y aun así, nada de eso fue suficiente, pues durante mucho tiempo seguimos matándonos. La «modélica» transición española se llevó por delante a más de quinientas víctimas mortales por violencia política y más de dos mil quinientos heridos hospitalizados entre 1975 y 1982. En eso consistió la tan cacareada reconciliación de los españoles. De la guerra teníamos solo una noción lejana y distorsionada a partir de la versión manipulada e interesada de los vencedores y los jóvenes no queríamos seguir escuchando a nuestros mayores hablar de ella. Para nosotros, Franco era apenas un abuelito enfermo y campechano que salía por la tele de vez en cuando dando discursos o cazando y solo despertaba nuestra ternura y compasión. Nos preguntábamos cómo podía aquel anciano débil de voz frágil y aflautada y pulso tembloroso haber cometido los terribles crímenes de los que algunos le acusaban, dirigiendo el país durante cuarenta años con mano firme como si de un cuartel se tratase. No sabíamos a quién creer, y por supuesto no nos interesaba nada de lo que hubiera ocurrido antes de que nosotros nacióéramos, como si aquella historia de buenos y malos no fuese con nosotros. Pretendíamos inaugurar un nuevo mundo sin saber que el antiguo seguía estando firmemente arraigado en los cimientos del futuro y grabado a fuego en nuestra propia conciencia marcándonos para siempre y que no podíamos escapar de aquello que inevitablemente éramos.